

EVOCACIÓN DE ZAPOTLÁN CON

JUAN JOSÉ ARREOLA Y SU VIEJO AMIGO

— José Luis Martínez*

Hora que los dos, Juan José Arreola y yo, nos hemos hecho viejos, pues nacimos ambos en 1918, y ahora que él se encuentra impedido en su lecho, sin poder hablar, voy a tratar de rememorar la infancia que compartimos en Zapotlán, Jalisco. Yo nací en Atoyac, un pueblo cercano. Mi padre Juan era médico, había sido carrancista en la Revolución y era muy religioso y amante de promover obras de beneficio social. Organizó a los vecinos para arreglar los puentes de la calzada que cruzaba la laguna salitrosa vecina, y formó un equipo de fútbol en el que participaba. Su padre, don Martín, era un campesino medio rubio, fuerte y enérgico. No era rico. Mi madre, Julia, pertenecía a una familia acomodada de cuatro muchachas; ella era la segunda. Su tío Simón era un médico de pueblo, elegante y medio retirado. Y una tía, la Niña Conchita, era una señorita vieja con muchos recuerdos y polendas. Su madre, Isabel, alta, delgada y franciscana, era mi abuela muy querida. Junto a ella estaba siempre Lupe, pariente irregular, que se volvió mi nana, con la que nos quisimos mucho y que pereció hace pocos meses. Nunca tuve noticias de que a la familia de mi madre y a la de mi padre pertenecieran tierras o negocios de mi pueblo. Pero como eran gente que vivía del campo, supongo que eran medieros de tierras ajenas.

* Crítico literario, ensayista, historiador y estudioso de la literatura mexicana.

De mis primeros cuatro años en Atoyac tengo sólo recuerdos vagos. Me supongo sentado a los pies de mi madre que cosía en su máquina de coser. Luego, por el afán de horizontes más amplios de mi padre, nos mudamos de Atoyac a Zapotlán, que ya comenzaba a llamarse Ciudad Guzmán. Aquí murió mi madre Julia, y está sepultada en el panteón local, a los veintidós años. Se había casado cuando tenía dieciocho. Como mi padre se vio cargado de cuatro hijos, antes de un año se casó con Lucía, hermana mayor de mi madre. La tía Lucía se esforzó en no ser una madrastra. Y cuando mi padre y ella fueron a su viaje de bodas a Cuyutlán, cometieron la imprudencia generosa de llevarme. Recuerdo un hotel sobre pilotes, las grandes olas y las sandías con hoyos que mi padre echaba al mar para que se refrescaran y salaran un poco.

En Zapotlán fui por primera vez a la escuela, al Colegio de las Madres del Sagrado Corazón. Era de monjas y estaba destinado a las niñas, aunque recibían a unos cuantos muchachos, como párvulos. Nuestra maestra se llamaba Fermiña Manríquez. Y como entramos más o menos por los mismos días, me sentaron en un pupitre al lado de un niño llamado Juanito. Era Juan José Arreola y debió ser hacia el año de 1924, cuando ambos teníamos seis años.

La botica y la casa paterna estaban frente al jardín principal de Ciudad Guzmán y la casa de los Arreola daba a uno de los portales cercanos, donde tenían su negocio de pastelería, dulcería y tepachería. Supongo que recogíamos a Juanito en el camino. El hecho es que un mozo o mi nana Lupe nos llevaban a la escuela, bien cogidos de las manos. Absurdamente, el único recuerdo que conservo de esta primera escuela, es que uno de nuestros compañeros se orinaba en la cama y, para castigarlo, de su casa enviaron la sábana manchada, la cual fue exhibida frente a las ventanas del salón de clase, de manera que también pudieran verla las niñas. Para ir al baño se empleaba como contraseña una herradura que colgaba en un clavo. Supongo que Fermiña nos enseñó a leer, escribir y contar, y algo de historia sagrada.

Hacia el mismo año de 1924 o 1925 llegaron a Zapotlán los profesores Aceves, don Gabino y su hijo José Ernesto, y abrieron el Colegio Renacimiento. Eran normalistas, modernos e inteligentes. Y como la escuela de monjas fue clausurada, a la nueva escuela fuimos Juan José y yo. En su encantador libro de memorias, Arreola dice que “para asombro de todos nosotros” mi padre, el doctor Martínez, tenía “un coche de los que se llamaban ‘estufa’, que es donde se llevaba el Santo Viático a los agonizantes. Sólo el párroco, don Toribio de la Garza Cantú, tenía otro igual. Eran coches magníficos, negros, cupés de cuatro ruedas, con tronco de caballos” (*Memoria y olvido*, 2ª Ed., p. 44). La verdad es que se trataba de un simple Ford (cupé, Tudor), negro y solemne con un chofer llamado Campos y que duró pocos años. Para estos años veintes, los automóviles ya habían suplantado a los coches de caballos.

Mi padre y la tía Lucía decidieron volver a Atoyac pero nos dejaron a mi hermano Javier y a mí en Zapotlán, para que continuáramos los estudios, al cuidado de la abuela Isabel y la nana Lupe. Ir al colegio era un gran gusto. El “maestro chico”, José Ernesto, lograba hacernos atractivos todos los aprendizajes, aritmética o gramática, historia o geografía. Los libros de lectura, *Rosas de la infancia*, *Corazón, diario de un niño*, nos descubrían la magia de los grandes autores, Hugo, Flaubert, Stendhal, Baudelaire, Wilde, Poe, Torri y nos despertaron el gusto por las palabras hermosas.

Zapotlán está en las faldas de una montaña, “el cerro”, y allá nos llevaba de excursión el maestro chico, José Ernesto. Recuerdo el olor intenso de los pinos y el silbo del viento entre sus frondas. Y como en la clase de historia patria aprendíamos el mundo de los aztecas, sus deidades crueles y los sacrificios humanos, se nos ocurrió amenizar los recreos, que tenían lugar en el corral de la casona que albergaba el colegio, y donde había aún pesebres, corrales y estiércol.

Juan José Arreola, en el primer tomo de sus memorias que vuelvo a citar, ha contado con un encanto insuperable, el episodio de la religión azteca que entonces fundamos. Refiérese Juanito a las invenciones de su hermano Rafael, apodado la Chiripa o el Chiripo, y cuenta:

Dije que se le ocurrían muchas cosas: organizó un circo y dirigió la construcción de un submarino; hacía relojes con cajas de mentolato y forjaba las más bellas y flexibles espadas de otate. Pero le dio por fundar una religión que, para desgracia de todos, se convirtió pronto en culto fanático: la religión de la Babucha. José Luis Martínez fue nombrado por mi hermano Sumo Sacerdote de la Babucha, y ejercía funciones bajo el nombre de Kío Kilik. Las ceremonias, muy sencillas al principio, se fueron haciendo cada vez más complicadas, mientras crecía el número de los secuaces y se acentuaba la lucha entre devotos e incrédulos. En este punto es conveniente aclarar que la Babucha no era una pantufla. El símbolo de nuestro culto, que llegó a ser verdadera idolatría, era un viejo larguero de puerta, de madera de encino con escopleaduras y zanco de tepeguaje. Parecía algo así como un rudimentario poste totémico. Pues bien, a este desecho de palo, como de dos metros de largo, se le hacían toda clase de reverencias y sacrificios. A los rebeldes se les llevaba en peso y, arrodillados por la fuerza, pedían perdón, mientras se les sacaban de los bolsillos las ofrendas... Para esto, ya el culto a la Babucha disponía de un buen repertorio de cantos y oraciones, así como de una liturgia impresionante. Pero no faltaban los descontentos y cundió la guerra. El mejor deleite de mi hermano consistió en fundar la inquisición. Los herejes eran torturados, encarcelados y multados. Hubo un día en que ya nadie jugaba en el corral a la hora del recreo: todos los muchachos, desde sexto a segundo, estaban en la cárcel, encerrados en macheros y chiqueros, bajo custodia policiaca. Abundaron las quejas familiares y don Gabino, el director de la escuela, puso punto final a los desórdenes cuando un sacerdote amigo suyo le contó que uno de los alumnos le dijo al confesarse que ya no creía en Dios, sino en la Babucha... [...]

Hacia el final del año, don Gabino cortó por lo sano. Llovieron los ceros en conducta, sobre las libretas de calificaciones, y una mañana la Babucha había desaparecido con todos sus ornamentos y los objetos de su culto. Todo fue quemado por órdenes superiores. Quien realizó la tarea fue el mozo de la escuela, un rústico bedel que por poco sucumbe en manos de la

turba. Se acababa el año, y ya nada quedaba por hacer. Mi hermano dobló las manos. Por su parte, José Luis escribió una de sus más bellas páginas escolares, una elegía de la cual se me ha quedado grabada esta frase bella y extraña, que da idea de esa literatura escatológica y sapiencial de sus primeros años: "Y la Babucha descenderá a los infiernos con su hoja de vergüenza y bochorno".

(JJA. *Memoria y olvido. Vida de Juan José Arreola (1920-1947) contada a Fernando del Paso*, 2ª Ed., Conaculta, México, 1996, pp. 43-44.)

Vuelvo a leer conmovido esta evocación de las imaginaciones de nuestra infancia que dictó nuestro "Gran Meaulnes", y no sólo admiro su prodigiosa memoria que me devuelve tantas cosas que yo he olvidado y que él recupera o inventa. Por ejemplo: mi nana solía llamarme "Kío", y ahora caigo que ese nombre venía del Kío Kilik que me asignó Rafael. ¿Cómo retribuir a Juanito esa preciosa frase de la elegía a la Babucha, de cuya belleza sombría me siento ajeno y que él me regala?

Todo esto pasó y los niños nos hicimos adolescentes, jóvenes, maduros y los viejos que ahora somos. Además de los recuerdos de Juan José y los que yo ahora evoco, hay una foto, que debe ser de 1928 o 1929, cuando teníamos diez u once años. Somos catorce muchachos, encorbatados, probablemente por alguna solemnidad. De ellos, para mi vergüenza, sólo me reconozco a mi mismo, algo elusivo, a Juan José, con una cara redonda e inquisitiva, a su hermano Rafael, de ojos vivaces, y tras de mí a un compañero llamado Daniel, que era muy endiablado y con el que me llevaba amistosamente. De los otros diez, ninguna luz.

Cuando escribo estos recuerdos, medio caduco a los ochenta y un años, Juan José Arreola vive aún pero no puede escucharnos ni leernos. Las palabras que fueron su gala ya no salen gloriosas de su boca. Con el corazón apachurrado proclamo que lcerlo fue y es una fiesta de gracia.

1º de octubre de 1999